

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 6

MADRID 26 DE MARZO DE 1908

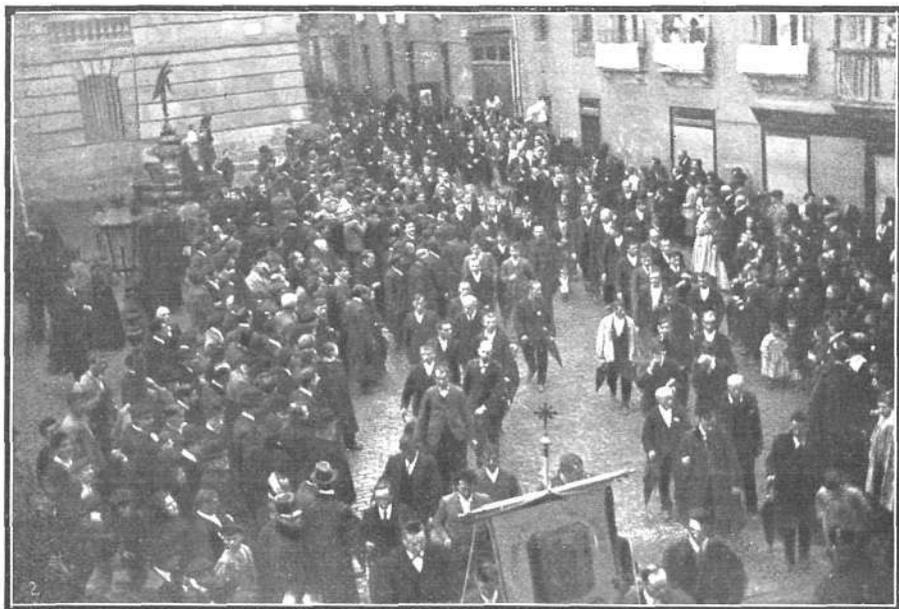
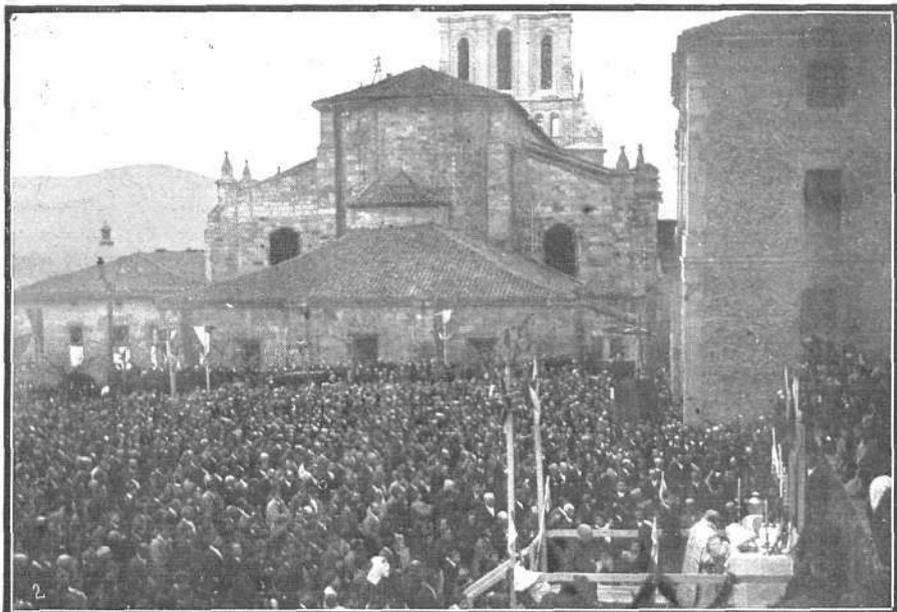
AÑO 1



EN LA REAL SOCIEDAD HÍPICA ESPAÑOLA

Fot. Cifuentes

S. M. EL REY (1) Y EL INFANTE D. FERNANDO (2) EN LA FINCA DE LA SOCIEDAD EL DÍA DE LA ÚLTIMA PRUEBA DEL CAMPEONATO DE CABALLOS DE ARMAS



PARTE DE LA PEREGRINACIÓN OYENDO MISA EN UNO DE LOS ALTARES INSTALADOS EN LAS INMEDIACIONES DEL SANTUARIO

PASO DE LA PEREGRINACIÓN POR LA CALLE DE ITURRIBIDE PARA DESFILAR ANTE EL ARZOBISPO DE BURGOS

Para celebrar la fiesta del santo del Papa Pío X se ha realizado en Bilbao una peregrinación obrera al Santuario de Begoña. Presidiéronla el arzobispo de Burgos, el obispo de Dora, el diputado a Cortes por Bilbao, Sr. Ibarra; el alcalde, los concejales carlistas y nacionalistas y la Comisión organizadora, presidida por D. José María Urquijo.

La manifestación salió a las ocho y media de la mañana del jueves último del Patronato obrero. Iba precedida de cruz alzada, y figuraban en ella muchos miles de peregrinos que habían acudido de distintos puntos de toda la comarca vascongada. En la comitiva formaban 37 banderas y estandartes y siete bandas de música.

Llegada la peregrinación al Santuario, díjose una misa, en la cual ofició el arzobispo de Burgos, y pronunció un sermón acerca de la cuestión social el obispo de Dora. Fuera del Santuario, en donde no era posible que cupiesen todos los peregrinos, se habían instalado varios altares, y en ellos se dijeron misas también.

Había además numerosos púlpitos al aire libre, desde los cuales otros tantos sacerdotes predicaron en vascuence y en castellano.

Antes de que llegara a Begoña la peregrinación se despejó la basílica y se realizó un minucioso registro en los altares, bajo los bancos y en todos los rincones del templo, después de lo cual se dió entrada a los fieles.

A la una de la tarde se inició el desfile ordenadamente, y los peregrinos llegaron de regreso a Bilbao y se disolvieron sin que hubiese habido que lamentar el más mínimo incidente desagradable.



LA PEREGRINACIÓN SUBIENDO POR LAS CALZADAS AL SANTUARIO
Fots Santaló

La suspensión de las obras de Cortegada, donde ya se realizaban los trabajos que habían de convertir aquella pintoresca isla gallega en admirable residencia de los Reyes, ha producido hondísima impresión entre el vecindario de Villagarcía, que ejerció el derecho de petición manifestándose ante la casa Ayuntamiento y enviando a esta corte a distinguidos comisionados para que formularan su deseo ante el ministro de Fomento, como ya lo han hecho.

El Sr. González Besada que recibió amablemente a los comisionados, estudia la escritura de cesión de aquellos terrenos a S. M., para obviar las dificultades que han motivado la suspensión de las obras.

En la entrevista con el ministro, se recordó que un forastero compró hace algún tiempo en 1.500 pesetas una porción de terrenos en Cortegada, y hace dos años, por no convenirle, anunció su venta en 1.000 pesetas, no encontrando comprador.

Pues bien, este mismo propietario, cuando se enteró de que los demás dueños de terrenos vendían sus propiedades con objeto de cedérselas al Rey, pidió por los terrenos que quería vender anteriormente en 1.000 pesetas la friolera de 57.000 duros y que le dejen un pedazo para edificar un *chalef*.

A la hora en que escribimos estas líneas las impresiones son favorables al común deseo de los villagarcianos, para los cuales reviste importancia capitalísima la transformación de la isla de Cortegada en residencia regia.

Mucho celebraremos que logren sus aspiraciones, que necesariamente han de redundar en bien de aquella hermosa comarca.

PEREGRINACION OBRERA A BEGOÑA MANIFESTACION EN VILLAGARCIA



EL VECINDARIO DE VILLAGARCIA REUNIDO ANTE EL AYUNTAMIENTO EN MANIFESTACION PARA PEDIR QUE CONTINUEN LAS OBRAS EN LA ISLA DE CORTEGADA

Fot. Gómez



Pese al tiempo desapacible se han verificado con gran brillantez las pruebas del campeonato de caballos de armas, organizado por la Sociedad Hípica Española. En la página presente damos información gráfica de este concurso deportivo, en el cual han constituido el jurado S. A. R. el infante D. Fernando, el general Milans de Bosch, los coroneles de la Escuela de Equitación y regimientos de caballería de Húsares de la Princesa, María Cristina y Lusitania, el teniente coronel de artillería marqués de Fuente Santa, el de caballería barón de Casa Davalillo y los capitanes de caballería Romero de Tejada, Kirpatrick y Luzanariz.

Han tomado parte en las pruebas los caballos «Castor», «Hermano», «Filiar», «Castejón», «Acolit», «Madhy» y «Escofin», montados reglamentariamente por los tenientes Sres. Febrel, Boceta, Ibarrola, Mónis, Chacel, Menéndez y Gutiérrez de la Higuera.

LA SEGUNDA PRUEBA. ASPECTO DE LA FINCA DE LA SOCIEDAD HÍPICA ESPAÑOLA DURANTE LA CARRERA DE RESISTENCIA. LLEGADA DE LOS CORREDORES.

El primer día del campeonato se verificó la prueba de doma en el picadero de la Sociedad, establecido en la calle de la Princesa. El segundo día, que fué el sábado, hubo por la mañana carrera de 50 kilómetros por terreno variado, y después de cuatro horas de descanso, tiempo igual al concedido para el mencionado record, un steeple en el hipódromo.

A las ocho de la mañana salieron los jinetes de la casa de la Sociedad, situada en la carretera de Chamartín, y realizaron el recorrido siguiente: Canillas, Barajas, Puente de Paracuellos, Ajalvir, Cobefia, Puente de Algete, Cerro de Manglanillo, La Maza-leja, Hortaleza y Chamartín.

En todas las mencionadas pruebas se puso de manifiesto las excelentes condiciones de los caballos y la maestría de los jinetes, que oyeron merecidas y entusiásticas felicitaciones.

El infante D. Fernando ha asistido á todas las pruebas del campeonato.

MADRID. CAMPEONATO DE CABALLOS DE ARMAS



EL INFANTE DON FERNANDO CON ALGUNOS MIEMBROS DEL JURADO DEL CAMPEONATO

Fots. Gifentes



S. A. LA PRINCESA LUISA DE ORLEANS

Fot. Franzen

Indiscutible lugar de preferencia en la atención pública ha ocupado en los últimos días la Familia Real, tanto por la asistencia de D. Alfonso XIII y del infante D. Fernando á las pruebas del campeonato de caballos de armas, de las cuáles nos ocupamos en otras páginas del presente número, como por la presencia de SS. MM. las Reinas en la fiesta inaugural del cinematógrafo del Príncipe Alfonso, como por la llegada á Madrid, para instalarse en su magnífico palacio del paseo de la Castellana, de los infantes doña Luisa y D. Carlos, que llegaron á esta corte ayer y fueron recibidos en la estación del Norte por toda la Familia Real y todos los jefes y oficiales de la brigada de Húsares que manda el Infante.

Estaban también en la estación el presidente del Consejo, el ministro de Estado, los altos funcionarios palatinos, todos de



SS. MM. LAS REINAS DOÑA VICTORIA EUGENIA Y DOÑA MARÍA CRISTINA AL ENTRAR EN EL CINEMATÓGRAFO DEL PRÍNCIPE ALFONSO, Á CUYA INAUGURACIÓN ASISTIERON



S. A. EL INFANTE D. CARLOS DE BORBÓN

Fot. Franzen

uniforme, y el gobernador, capitán general y demás autoridades.

Con SS. AA. vinieron los infantes D. Alfonso y doña Isabel, hijos de D. Carlos y de su primera esposa la Princesa de Asturias, que acompañados por la reina doña María Cristina, su abuela, en un carruaje de la Real Casa, fueron, como sus padres, desde la estación al palacio en la Castellana.

En todo el largo trayecto tributó el público que se agolpaba en las calles, expresivas manifestaciones de afecto á la Familia Real.

En la presente página reproducimos, con las fotografías de D. Carlos y doña Luisa, instantáneas de su llegada á la corte, y otra de las Reinas al entrar en el cinematógrafo mencionado más arriba, en donde también fueron las augustas damas objeto de aclamaciones.

LA FAMILIA REAL



SS. MM. LOS REYES ACOMPAÑANDO Á LOS INFANTES DOÑA LUISA Y D. CARLOS AL LLEGAR AL PALACIO DE ÉSTOS



LA REINA MADRE CON SUS NIETOS LOS INFANTITOS HIJOS DE D. CARLOS AL REGRESO DE ÉSTOS Á MADRID

Fots. Alba



Verificóse anteayer en el Campamento de Carabanchel un brillantísimo Concurso de tiro al blanco, en el cual tomaron parte seis compañías, elegidas entre los batallones que forman la brigada al mando del general Pintos, ó sean los de Madrid, Las Navas, Llerena y Figueras. Componíase cada una de las compañías de 93 hombres, entre clases y soldados, y recibieron á S. M. el Rey que presencié el Concurso, formadas en columna.

Consistía el premio en una artística copa de plata, con el siguiente lema: *Premio de Su Majestad el Rey en el Concurso de tiro, á la primera brigada de Cazadores: 1908*, y lo llevaron en su automóvil los capitanes Sres. Guirao y Melgar.

Se hizo el ejercicio por descargas sobre tres blancos de eclipse que representaban la caballería al aparecer en los flancos de fuerzas de infantería, simuladas por un centenar de siluetas en orden de combate.

Al llegar á 1.000 metros de distancia de los blancos, destacaba cada compañía 15 hombres, que rompían el fuego; las secciones, cuando estaban á 800 metros, hacían fuego por descargas cinco veces consecutivas, y luego se desplegaban en guerrillas



teniendo los capitanes libertad de acción para avanzar hasta 400 metros que era el límite máximo de aproximación.

A las distancias de 800, 700 y 600 metros aparecían, por un espacio de treinta segundos, las siluetas de caballería.

Cada soldado disponía de 30 cartuchos. El recuento de los impactos, base para la adjudicación del premio, lo hacían un capitán y un subalterno de cada uno de los batallones concurrentes.

Todas las compañías cumplieron como buenas; pero el triunfo fué para la de Llerena, que hizo un 23 por 100 de blancos, cifra difícil de alcanzar en tiro colectivo.

He aquí el resultado del concurso:

Llerena, 650 impactos.

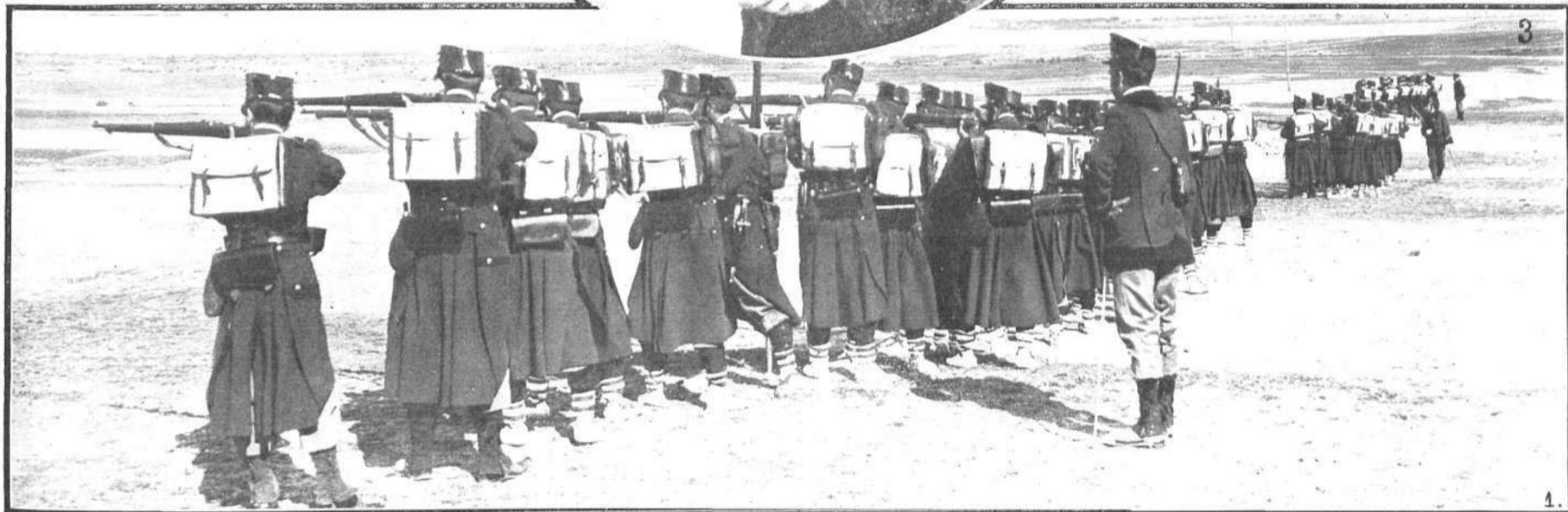
Madrid, 624.

Las Navas, 614.

Las demás compañías hicieron menos de 400 cada una.

La de Las Navas lucía el nuevo equipo gris que tiene actualmente en ensayo, y fué detenidamente revista por el Rey.

De la obra estrenada recientemente en el teatro Eslava damos en esta página una fotografía que reproduce una de las escenas más vistosas



1. S. M. EL REY PRESENCIANDO EL CONCURSO DE TIRO AL BLANCO POR LOS SOLDADOS DE LA GUARNICIÓN DE MADRID. 2. EL CAPITÁN DE LA COMPAÑÍA DEL BATALLÓN DE LLERENA QUE GANÓ LA COPA DE S. M. EL REY. 3. UNA SECCIÓN DE TIRADORES

EN EL CAMPAMENTO DE CARABANCHEL

ESTRENO EN EL TEATRO ESLAVA



UNA ESCENA DE LA OBRA «LA CARNE FRAGA», ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO ESLAVA

Fots. Cifuentes



EL DISTINGUIDO ACTOR D. LUIS AMATO FALLECIDO EN MADRID Fot. Heglon

Con los retratos de tres muertos ilustres encabezamos la presente página: son los de D. Juan Fastenrath, el actor Amato y D. Ramón de Oya, director que era del Tesoro. De todos ellos ha publicado la Prensa diaria recientemente amplias noticias necrológicas.

El sábado último llegaron á esta corte los nuevos carros automóviles para el transporte de las carnes desde el Madero á las carnicerías. Reproducimos una instantánea del primero que se ha visto rodar por las calles madrileñas. Esta era una mejora que se dejaba sentir, y que ha de ser recibida con aplauso por todos.



EL ILUSTRE LITERATO HISPANÓFILO ALEMÁN D. JUAN FASTENRATH



D. RAMON DE OYA, DIRECTOR DEL TESORO FALLECIDO EN MADRID Fot. Alviach

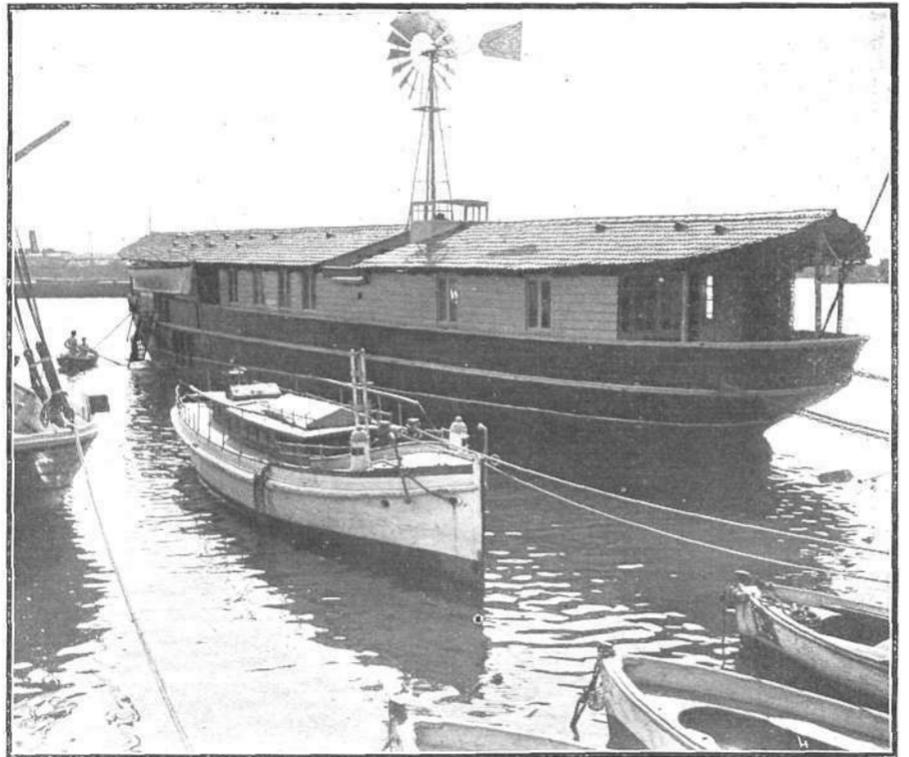
En el puerto de Barcelona está anclado el ex cañonero *Cocodrilo*, donde se ha establecido la Escuela y Museo de Zoología marina, que son verdaderamente notables.

Han llamado la atención en Barcelona las pruebas, oficialmente realizadas de un tren Renard, compuesto de locomotora á vapor, tres coches para viajeros y un furgón para mercancías. Este tren es modelo de los que se piensa instalar para establecer comunicación regular entre puntos de aquella provincia por donde no pasa ferrocarril. El tren Renard, funciona sin rieles.

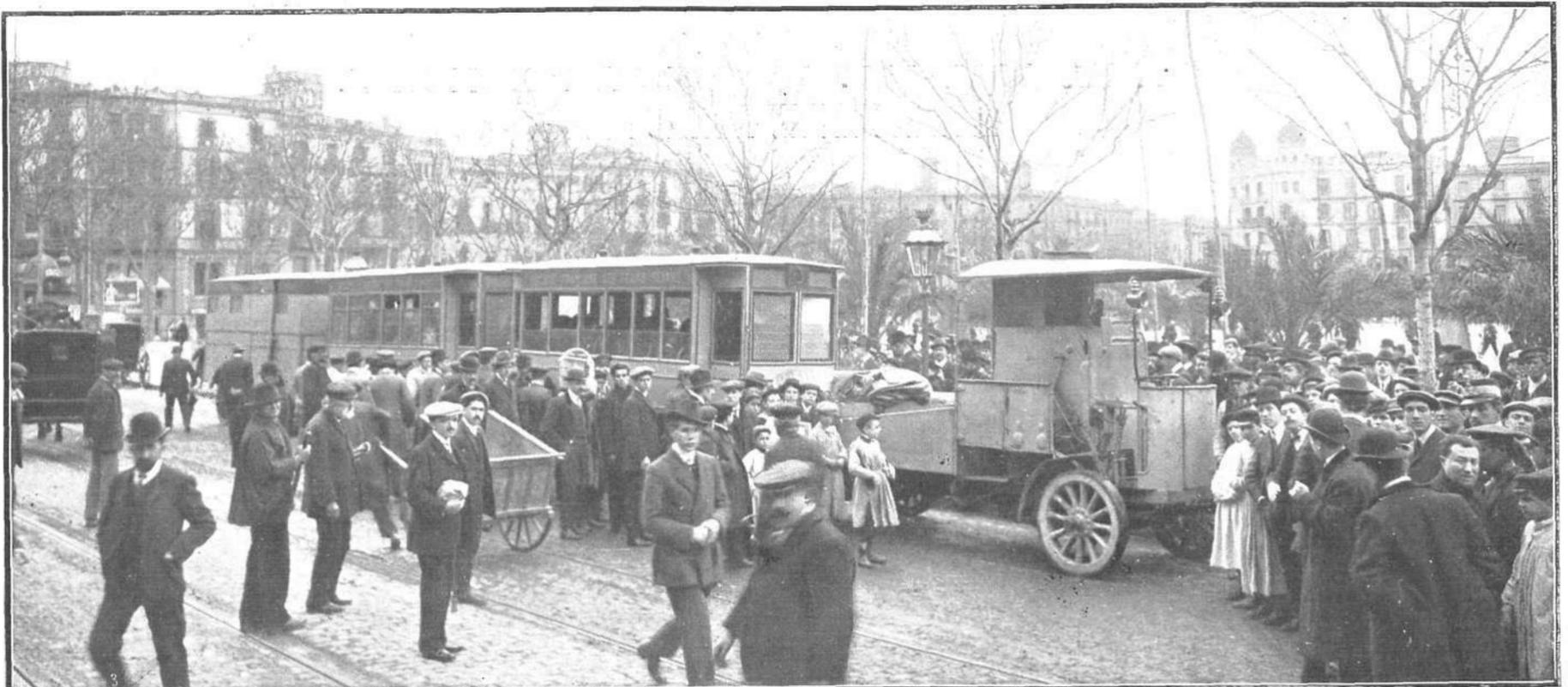
MISCELANEA DE ACTUALIDADES



MADRID. LOS NUEVOS CARROS AUTOMÓVILES PARA EL TRANSPORTE DE LA CARNE Fot. Aibo



BARCELONA. LA ESCUELA DE ZOOLOGÍA MARINA, EN EL CAÑONERO «COCODRILLO» Fot. Ballell



BARCELONA. PRUEBAS OFICIALES DEL TREN AUTOMÓVIL RENARD Fot. Ballell



ASPECTO DEL CAMPO DEL ATHLETIC FOOT-BALL DURANTE EL PARTIDO ELIMINATORIO JUGADO POR ESTA SOCIEDAD CON LA GIMNÁSTICA ESPAÑOLA

Fot. Cifuentes

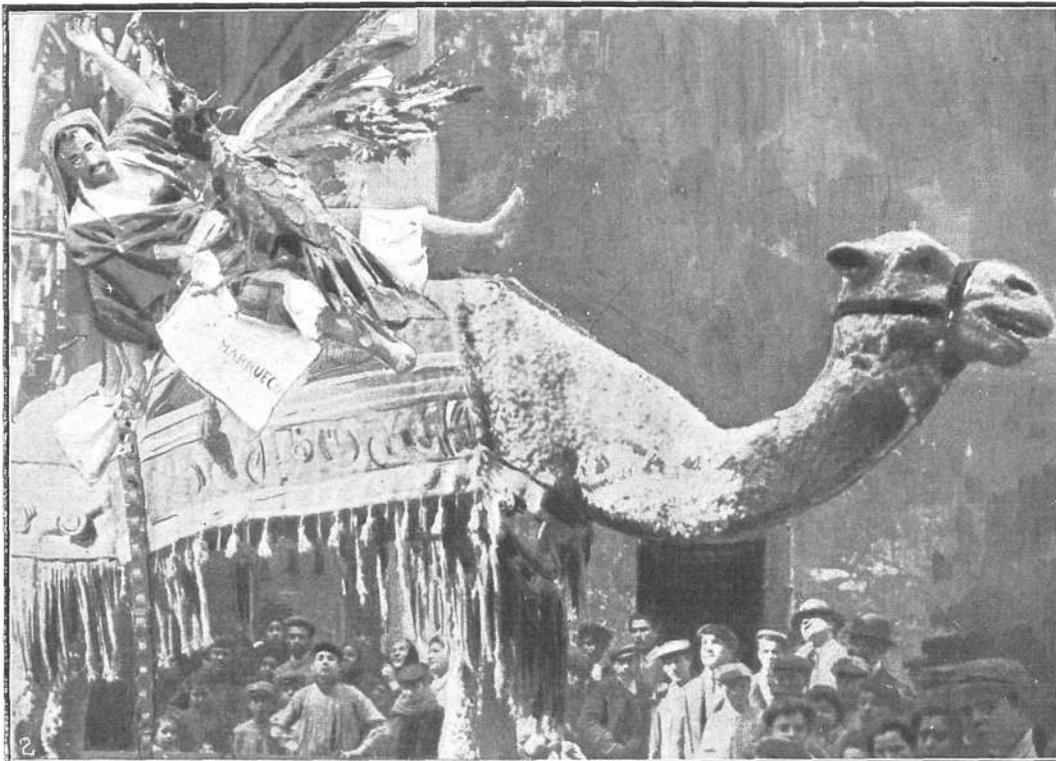
MADRID. CAMPEONATO DE FOOT-BALL VALENCIA LAS FALLAS DE SAN JOSÉ

Con grandísima animación y no menor entusiasmo se están jugando los partidos eliminatorios para el campeonato de *foot-ball* que ha de celebrarse en breve. Miden sus fuerzas los *teams* de las Sociedades Madrid F.C., Español F.C., Athletic F.C. y la Gimnástica Española, y todas ellas han demostrado hasta la fecha su dominio del deporte, que cada día se aclimata más en nuestro país. A los partidos eliminatorios asiste numeroso público.

El día víspera de San José se acostumbra en Valencia á instalar unos grupos de figuras, generalmente caricaturescas, en las cuales se procura ridiculizar los sucesos más salientes del año. Estos grupos son denominados *fallas*, y en su armazón se coloca siempre una pieza de fuegos de artificio á la cual se prende fuego al día siguiente para destruir las.

En ellas ponen de manifiesto los valencianos su indudable buen gusto y sus aptitudes artísticas, pues hay fallas que producen el efecto de verdaderas esculturas, ingeniosísimas las más de ellas.

Este año las ha habido en gran



FALLA DE LA CUESTIÓN DE MARRUECOS, QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO

Fot. Barberá

cantidad. Reproducimos una fotografía de la agraciada con el primer premio, en realidad bien merecido, pues como por el grabado puede juzgarse, su ejecución es perfecta. Titúlase «La cuestión de Marruecos», y representaba á un moro jinete en un enorme camello y luchando á la desesperada con un pájaro de grandes dimensiones, en el que muchos creían ver una representación de Francia y una alusión á su actual campaña en el territorio del Mogreb.

Puramente artística era la falla que obtuvo el segundo premio. Representaba á La Fama coronando á las bellas Artes, personificadas por otras tantas mujeres con los atributos correspondientes.

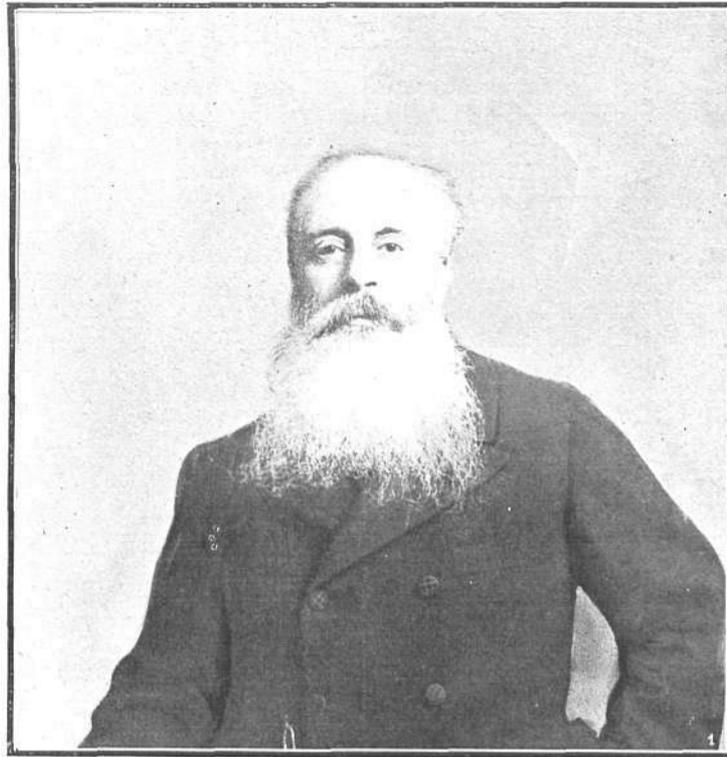
Ha habido fallas de política interior, intencionadas todas; fallas alusivas á costumbres y deportes de moda, como el *diávolo*, por ejemplo, que ha servido de asunto á varias.

La generalidad eran muy notables. De casi todas podía lamentarse su efímera vida. ¡Lástima, es, en efecto, que no hayan durado más tiempo, para que pudieran ser debidamente admiradas!



EL TENIENTE GENERAL DON FRANCISCO BORRERO
FALLECIDO EN MADRID

Tan recientes están en la memoria de todos los asuntos á que se refieren los grabados de la presente página, que no creemos necesario dar referencia de ellos, referencia que por otra parte, aun siendo muy breve, exigiría mayor espacio del que disponemos. De todo ello ha publicado información la Prensa diaria, á la cual nos remitimos, puesto que nada nuevo podríamos añadir como explicación de la información gráfica, que es el complemento de la



EL NUEVO PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN
DE LA TABACALERA, D. ALEJANDRO PIDAL



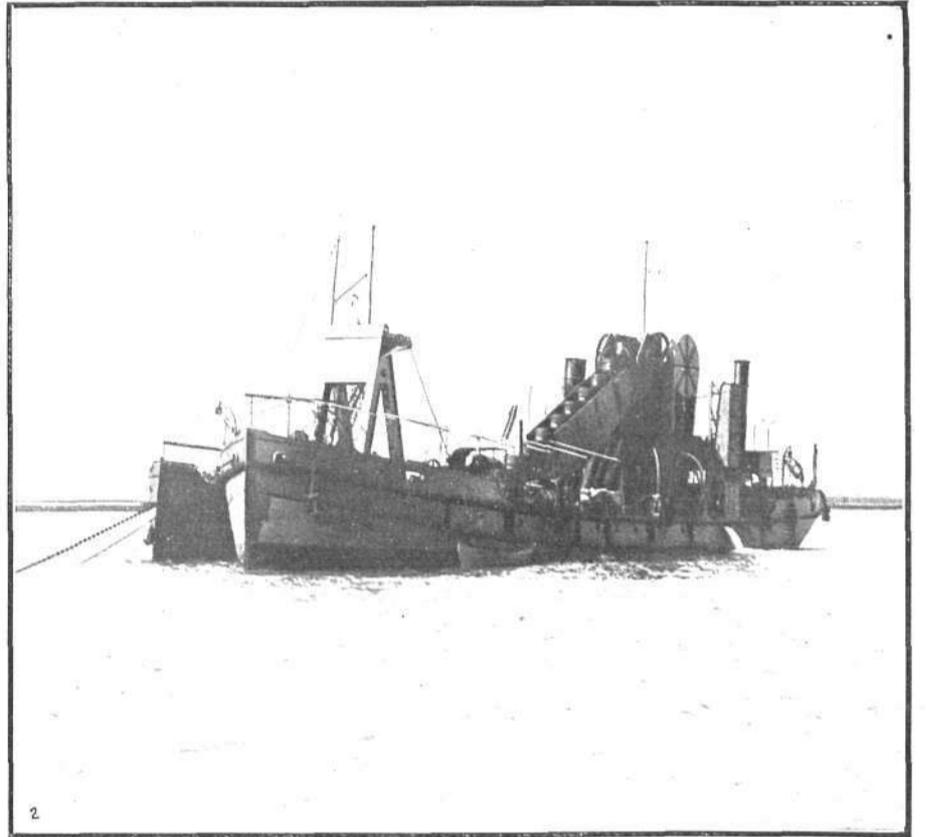
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE HAITI
GENERAL NORD ALEXIS

escrita. Sólo indicaremos que las fiestas celebradas en Barcelona con motivo del Congreso de Sociedades Pirenaicas, á las cuales se refiere uno de los presentes grabados, han revestido importancia excepcional, y que aunque en otro orden de ideas, también la ha tenido la que los afiliados á la Unión Velocipédica Española, en la misma capital, han organizado para inaugurar un poste indicador de un paso peligroso de la carretera.

ASUNTOS DIVERSOS



MADRID. ENTIERRO DEL GENERAL BORRERO
Fot. Col y Rivas



CADIZ. COMIENZO DEL DRAGADO PRELIMINAR DE LAS OBRAS DEL PUERTO
Fot. Reynaldo



BARCELONA. LA «FEDERATION DES SOCIÉTÉS PYRENEISTES» AL SALIR DEL BANQUETE
CON QUE LA OBSERVIÓ EN EL HOTEL DEL TIBIDABO EL CENTRO EXCURSIONISTA



BARCELONA. EXCURSIÓN DE LA SOCIEDAD U. V. E. Á VISTA RICA PARA INAUGURAR UN POSTE
AVISADOR DEL PELIGRO DE AQUELLA PARTE DE LA CARRETERA Á LOS CICLISTAS
Fots. Balcells



—¡Ah! ¡Loado sea el cielo, puesto que ya no dudáis de mí!—exclamó Saint-Maixent con acento dramático, alzando al techo los ojos.

LA MUERTA EN VIDA

PRIMERA PARTE

Continuación.

Veo que el señor marqués tiene miedo—repuso Samuel con sorna.
—¡Ah! ¡os empeñáis!—dije yo encogíendome de hombros.—Pues bien, hágase vuestra voluntad, y tened cuidado, porque no os guardaré consideraciones.

Mi enemigo era muy diestro; pero vos, señor conde, conocéis mi fuerza en la esgrima. Además, mi indignación y el convencimiento de que me asistiría la razón, redoblaban mi energía. A los pocos minutos, mi espada desapareció en el pecho de mi adversario, que cayó lanzando una sorda impreca- ción.

Inclinéme sobre él para prodigarle mis cuidados y ver si le podía salvar; pero la sangre salía á borbotones de su profunda herida, sus ojos estaban apagados y vidriosos y de sus labios se escapaba una espuma rojiza con un estertor casi imperceptible; le creí muerto. Habiéndome avisado mi lacayo de que se acercaba una ronda, me alejé precipitadamente y volví á mi casa con la conciencia tranquila, pues había cumplido mis deberes de caballero, pero con profundo dolor por haber matado á un hombre.

Juzgad, pues, cuáles serían mi asombro, mi rabia y mi desesperación, cuando supe al día siguiente que Samuel Herard, reanimado, aunque por pocas horas, y conservando hasta en sus últimos momentos su odio y sus instintos vengativos, los había empleado en proferir una horrible calumnia. Murió acusándome de haberle asesinado traidoramente para robarle la bolsa.

Su tío David Herard se hizo cómplice de aquella monstruosa delación; arrojóse á los pies del señor de Reynie, pidiéndole justicia, y el lugarteniente de Policía, convencido de mi criminalidad, me mandó prender en el acto.

Hostigado entonces como un malhechor por los agentes de policía, abandoné á París y vine á refugiarme en estas montañas.

Y ahora, señor conde, apelo á vuestra conciencia, que es un santuario de justicia y de lealtad, para que digáis si he sido culpable de ese primer crimen.

—Continuad, primo mío, os lo ruego—dijo el conde.

Esto no era responder; pero el tono benévolo y casi afectuoso del con-

de demostraba á Saint-Maixent que su tentativa de rehabilitación había hecho considerables progresos en el ánimo de su poderoso y noble primo. Tras de una corta pausa, el marqués emprendió, pues, la parte más difícil de su tarea, la de justificarse de todas las acusaciones dirigidas contra él desde su llegada á la Auvernia.

No reproduciremos aquí la serie de mentiras que ensartó en su relato, pues las creemos de poco ó ningún interés para el lector, que sabe ya el aprecio que merecen las palabras de aquél.

Lo cierto es que Saint-Maixent consiguió su objeto. El conde de Rahon, á medida que su primo hablaba, sentía disiparse sus dudas y vacilar sus sospechas.

Las almas nobles y generosas aceptan con frecuencia como realidades lo que sólo son engaños ó ilusiones; no comprenden el mal.

En resumen: el conde de Rahon quedó perfectamente convencido de que si bien su primo había cometido graves imprudencias, no tenía que echarse en cara ninguna acción vergonzosa, ningún crimen infamante. Su expresión fría y severa se había ido modificando poco á poco. Su semblante manifestó claramente la bondad, la compasión y los más generosos sentimientos cuando el marqués terminó su larga defensa con estas palabras:

—Ahora, señor conde, lo sabéis todo. ¡Juzgadme! ¿Qué soy para vos?

El conde de Rahon alargó ambas manos al fugitivo; de sus ojos brotaron lágrimas de ternura, á la par que contestaba con voz conmovida:

—Sois un pariente á quien amo; sois un huésped que Dios me envía, y que yo recibo con júbilo.

—¡Ah! ¡Loado sea el cielo, puesto que ya no dudáis de mí!—exclamó Saint-Maixent con acento dramático, alzando al techo los ojos.

—No, no dudo. Levantad la cabeza, primo mío; habéis sido víctima de la desgracia; pero no tenéis nada vergonzoso de que acusaros; podéis decir á la faz de todo el mundo con Francisco I: «¡Todo se ha perdido menos el honor!»

Saint-Maixent pareció entusiasmarse hasta tal punto con aquellas palabras caballerescas, que no fué dueño de reprimir su emoción, y se arrojó en los

brazos de su primo, que le tuvo estrechamente enlazado por espacio de algunos segundos.

—Mucho habéis sufrido, primo mío—dijo por fin el señor de Rahon;—tenéis realmente derecho para quejaros de la injusticia de los hombres; pero, con ayuda de Dios y del Rey, confío en que todo se arreglará... Desde luego pongo á vuestra disposición mi casa, mi fortuna, mis relaciones y mi influencia en la corte... Contad conmigo por completo.

XXIII

El relato del marqués de Saint-Maixent había durado algunas horas: era la una de la noche cuando terminó, con el patético desahogo á que han asistido nuestros lectores.

Sostenido por su fuerza de voluntad y por la prodigiosa energía de su carácter, mientras representaba la audaz comedia de que dependían su vida y su porvenir, nuestro héroe no sintió el cansancio y la extenuación de sus fuerzas hasta que hubo concluido.

Dejóse entonces caer sobre el sillón; su rostro se puso lívido; un sudor helado inundó su frente, y un desfallecimiento, que entonces no era fingido, se apoderó de él. El conde de Rahon, muy alarmado, tocó un timbre; acto continuo se presentó su ayuda de cámara, al cual dió orden de que trajera agua fresca y sales muy activas, que reanimaron al marqués en pocos minutos.

—La fatiga y el hambre—dijo el buen conde—son enemigos que vencen al hombre más animoso. Voy á mandar que os sirvan la cena en esta misma habitación, y después os conduciré á vuestro cuarto. Algunas horas de tranquilidad y reposo os devolverán las perdidas fuerzas.

—Estando á vuestro lado todo lo olvidó, hasta el sueño; pero es más que probable que, una vez en la cama, dormiré como debe dormir un fugitivo que no ha pegado los ojos en tres noches consecutivas.

—Entonces, os conduciré inmediatamente á vuestras habitaciones.

—¡Tan pronto!

—¿Sabéis que es la una de la mañana?

—¡Oh! perdonadme, primo mío, el haberos hecho velar tanto tiempo, y ya que reclamo vuestra indulgencia, dignaos otorgármela también para un crimen de lesa galantería, que nunca hubiera cometido á no ser por las graves preocupaciones que me acosan. Aún no os he preguntado por mi prima.

—La condesa se encuentra perfectamente—repuso el señor de Rahon.—Sin duda se habrá acostado, admirada de mi interminable visita con un desconocido.

—¡Con un desconocido!—exclamó Saint-Maixent sorprendido.

—Así lo creará—prosiguió el conde,—pues he dado orden á mis lacayos de que no le dijese que erais vos, reservándome el gusto de comunicárselo yo mismo. Mañana la veréis, y puedo aseguraros que vuestra presencia le será muy grata; también os presentaré á una encantadora joven, parienta nuestra, que se ha dignado aceptar nuestra hospitalidad.

El marqués no se atrevió á hacer una pregunta, tal vez indiscreta; pero sus ojos brillaron de curiosidad.

—Esa joven—prosiguió el conde—se llama Olimpia de Auvray, marquesa de Chavigny. Creo que no la conocéis.

—En efecto, no la conozco.

—Lo siento por vos, pues merece ser admirada...

—¿Ha muerto quizá el anciano con quien se casó?—preguntó Saint-Maixent.

—No, por desgracia.

—Pero, entonces, ¿cómo es que...?

—¿Que la marquesa se encuentra aquí y su marido no?—dijo el conde acabando la pregunta.—Es una historia; os la contaré otro día.

—He oído decir que la marquesa es tan linda que casi puede competir con vuestra esposa—prosiguió Saint-Maixent.

—Y no os han engañado; pues aunque Olimpia y la condesa no se parecen en nada, una y otra son adorables. Mañana veréis á la marquesa de Chavigny y la juzgaréis... pero ¡cuidado con vuestro corazón! ¡No vayáis á enamoraros! Su marido no lleva trazas de morir, y, por otra parte, esa joven es la virtud personificada.

—¿A qué hablar de amor!—murmuró Saint-Maixent con acento melancólico.—He sufrido demasiado en pocos meses; se me figura que mi corazón ha muerto.

—Resucitará, no lo dudéis; pero velad sobre él para que no os lo roben, que antes de poco se ha de presentar ocasión de entregarlo. Tan pronto como el Rey, por medio de una patente, os justifique en debida forma de las falsas é injustas acusaciones que en este momento pesan sobre vos, os buscaremos por ahí alguna joven de buena familia y de regular fortuna, que os aportará en matrimonio su belleza, sus virtudes y su amor, al mismo tiempo que un dote considerable, y que tendrá á mucho honor el poder devolver el brillo de la ilustre casa de los Saint-Maixent. Pero todo esto vendrá á su debido tiempo. Esta noche no pensemos más que en dormir, que es lo más urgente.

El señor de Rahon llamó de nuevo á su ayuda de cámara, dióle orden de ir delante para alumbrar, y se empeñó en acompañar al marqués hasta las habitaciones que le habían destinado.

Hallábanse éstas situadas en el piso principal, al extremo de una larga y magnífica galería colgada de tapicerías flamencas que representaban paisajes y asuntos campestres. La primera pieza era una antecámara con un cuarto para el lacayo del marqués; venía después una sala de regulares dimensiones, y por último un gran dormitorio y un gabinete de tocador.

El mueblaje, del tiempo de Luis XIII, era magnífico y de un gusto exquisito.

Las paredes del dormitorio ostentaban tapicerías de los Gobelinos, y entre las ricas ensambladuras de madera esculpida del salón veíase multitud de cuadros de la escuela italiana, dignos de fijar la atención de los inteligentes. El conjunto era elegante sin refinamiento y severo sin afectación. En

los menores detalles se advertía el gusto artístico del dueño del palacio y de sus antecesores, atestiguando también su inmensa fortuna.

En la antecámara, sobre un sillón de madera de ébano con gran respaldo blasonado y revestido de rojo cordobán, dormía un hombre, con la cabeza inclinada, las piernas extendidas y los brazos colgando.

Era Lázaro, que, no atreviéndose á acostarse sin esperar á su amo, se quedó profundamente dormido, á pesar de todos sus esfuerzos.

—Vuestro lacayo no ha podido resistir al sueño—dijo el conde;—no posee, como vos, esa fuerza moral que triunfa del cansancio. Mañana le llevaré mi intendente al guardarropa para que elija entre las libreas de mi servidumbre una que le venga bien, hasta que pueda vestir con vuestros colores, que difieren poco de los míos. Mientras yo os conduzco á vuestra alcoba, mi ayuda de cámara le despertará y le dirá de parte vuestra que le autorizáis para que se acueste.

El conde de Rahon abrió la puerta del dormitorio. La noche estaba algo fría; para templar la habitación habían cuidado de encender la gran chimenea de mármol. Las llamas iluminaban las colgaduras de raso carmesí del lecho, sostenidas por columnas salomónicas.

—Aquí tenéis vuestro gabinete-tocador—añadió el conde, introduciendo á su huésped en la pieza inmediata, donde se veían colgados de las perchas multitud de trajes de todas formas y colores.—Los dos somos, poco más ó menos, de la misma estatura; estos trajes acaban de llegar de París; creo que os sentarán perfectamente. ¡Oh! no me deis las gracias, esto no es nada; y si os empeñáis en consagrarme vuestra gratitud, aguardad á que mi buena estrella me permita servir en cosas de más importancia, lo cual espero no tardará mucho. Conque, primo mío, deseo que paséis bien la noche, durmiendo á pierna suelta y soñando mil felicidades. Mañana, á las diez, vendré á veros.

El señor de Rahon estrechó por última vez la mano de su primo, y se retiró.

Solo ya, Saint-Maixent se dirigió hacia la antecámara, con objeto de hacer á su lacayo algunas prevenciones importantes.

Lázaro, á quien el ayuda de cámara había despertado pocos minutos antes, no tuvo siquiera valor para desnudarse, acostóse vestido en su cama, y se volvió á dormir con un sueño de piedra.

El marqués tuvo que renunciar á hablar con él; volvió, pues, á su cuarto, desnudóse y experimentó una sensación de indecible voluptuosidad al tenderse sobre el colchón de plumas y entre ricas sábanas. Con objeto de dormirse contemplando aquel lujo que tanto estimaba, y del que había carecido tanto tiempo, dejó encendidas las bujías de un gran candelabro de bronce.

Cerráronse, por último, sus párpados, á pesar suyo, y se quedó dormido.

XXIV

Era ya muy de día cuando el marqués abrió los ojos.

Un alegre rayo de sol jugueteaba entre los pliegues de las colgaduras del lecho.

El marqués se incorporó sobre un codo, paseó una mirada en torno suyo, y no pudo menos de reírse al ver la cómica pantomima que estaba haciendo Lázaro.

El mozo se había afeitado y rizado el pelo; vestía una magnífica librea nueva con los colores del conde de Rahon, encarnado, negro y oro. Estaba en pie delante de un espejo de cuerpo entero, que reflejaba la imagen de su fornida persona; mirábase de frente, de espaldas y de costado; tomaba académicas actitudes, se ponía en jarras, adelantando ya un pie, ya el otro, manifestando en su cara lo muy satisfecho que le dejaba el examen profundo y concienzudo de su individuo.

—Lázaro—dijo Saint-Maixent después de haber gozado durante algunos segundos de la grotesca comedia que su criado representaba sin saber que le veían.

—Señor marqués—exclamó el ex amante de Simona Raymond, acudiendo prontamente al lado de su amo.

—¿Qué guapo estás!—prosiguió el marqués con la mayor seriedad.

—El señor marqués es muy amable—repuso Lázaro.—¡Pech! yo creo que aún puedo pasar, no obstante los estragos causados por las aventuras, ó mejor dicho, desventuras de estos últimos tiempos. Pero gracias á mi nuevo traje estoy desconocido, y, si Dios me da vida, espero reponerme en poco tiempo y volver á ser lo que antes.

—¿Qué te parece esta morada?

—¡Ah, señor marqués! ¡Qué casa! ¡Aquí corre el dinero como agua! Los lacayos están mejor alimentados que si fueran señores. En fin, ésta es una verdadera ciudad de Jauja. ¡Con tal que podamos quedarnos!

—Nos quedaremos.

—¿Mucho tiempo?

—Todo el que sea de nuestro agrado.

—Entonces, siempre. Pero ¿tendrá el señor lugarteniente civil la cortesía de dejarnos disfrutar en paz de estas holguras?

—Nada tenemos que temer por ese lado. Mi primo, el conde de Rahon, cuya poderosísima influencia en la corte no ignoras, me ha tomado bajo su protección y se encarga de arreglar mis negocios, y los tuyos por consiguiente.

—¡Dios bendiga á ese buen señor!—exclamó Lázaro.—¡Ah! ¡voto al diablo! ¡qué gordo me voy á poner! Con tanto mayor motivo cuanto que se tendrán con mi humilde individuo especialísimos cuidados.

—¿En honor de qué santo?

—¿Me atreveré á confesar al señor marqués que tengo ya una novia en esta casa?—replicó el criado tomando un aire fatuo.

—¡Hola! ¡hola!—exclamó el marqués.

—Parece inverosímil, ¿no es verdad? Pues, sin embargo, me permitiré asegurar al señor marqués que es muy cierto.

—Pero ¿dónde has conocido á esa novia?

—¡Oh! es un conocimiento antiguo... como que data de cuando el señor marqués estaba en París... Es Anastasia Gaudin, primera doncella de la se-

ñora condesa... No es del todo bonita ni muy joven, pero tiene otras cualidades muy apreciables y se digna concederme una distinción ilimitada.

—Ya recuerdo: esa Anastasia Gaudin ¿no es una mujerona morena y algo picada de viruelas?

—Muy picada, señor marqués, lo cual, dicho sea de paso, le perjudica bastante.

—¿Hace mucho tiempo que está al servicio de la señora condesa?

—Cinco ó seis años lo menos.

—¿Posee la confianza de su ama?

—Por completo.

—Entonces, todo va á pedir de boca... tarde ó temprano puede sernos útil.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Has hecho algunas observaciones sobre el personal del palacio?

—Por lo que he podido ver hasta ahora, todos los criados son en extremo adictos á sus amos, cuyas bondades y excelencias no se cansan de ensalzar. Hay, sin embargo, cierto individuo que pudiera muy bien ser una excepción.

—¿Qué individuo es ese?

—El más importante de los subalternos; un tal Lactancio, mayordomo del señor conde. Yo soy un poco fisonomista, pues se me han pegado algunas de las cualidades del señor marqués; ese Lactancio, que se hace pasar por hombre de bien, desprendido de las cosas terrenales y muy dado á las prácticas religiosas, me parece un bribón de siete suelas que hace su negocio á la chita callando. O mucho me equivoco ó es un hipócrita redomado.

—Mejor; también puede servirnos. Pero dime, ¿has cometido anoche alguna necesidad? ¿Has soltado alguna palabra imprudente?

—¡Oh! aseguro al señor marqués que no. Estaba sobre aviso, y, como no sabía de seguro lo que debía decir y lo que debía callar, pretexté mi extremado cansancio para encerrarme en un silencio absoluto.

—Perfectamente; ¿te han hecho muchas preguntas?

—Casi ninguna; si se exceptúa maese Lactancio, que, como quien no quiere la cosa, procuraba tantearme y curiosear; pero no ha sacado nada en limpio.

—Mejor que mejor. Temía una sorpresa; pero ahora te voy á enseñar la cartilla, y cuando el mayordomo ó cualquier otro te pregunte, podrás contestar á todo sin temor de contradecirme.

Después de este exordio, el marqués refirió á Lázaro la ingeniosa novela que había inventado para demostrar al conde de Rahon la falsedad de las acusaciones de que era víctima.

—Ya sabes tanto como yo—dijo el marqués al terminar.—Para sostener nuestra causa común es preciso no desmentir de modo alguno estos hechos; no es muy difícil. ¿Comprendes?

—Perfectamente, señor marqués.

—No te olvides tampoco de que, mientras permanezcamos en esta casa, debes ser un criado modelo y resignarte á la práctica de la virtud. Aquí, pobre amigo mío, es preciso tener buenas costumbres y principios religiosos.

—Descuide el señor marqués.

—Cuida igualmente de tu probidad. Resiste cualquier tentación, por muy seductora que sea, dado caso de que se presente.

—Así lo haré, ¡voto al diablo! Aunque al señor conde se le cayera delante de mí y sin sentirlo una bolsa llena de oro, la recogería en el acto y la llevaría sin abrirla.

—Eso es. Ten presente que la falta más leve puede ser motivo de expulsión, y que, si el conde me exige que te despida, alegando alguna culpa

tuya, no podré interceder por ti sin comprometerme yo mismo. Evita toda ocasión de riña ó disputa con los criados. Muéstrate con todos afable y complaciente y cede siempre, aunque tengas razón. Habla poco, escucha mucho y observa lo que se hace, lo que se dice y lo que se calla. Vigila, espía y dame cuenta de todo.

—No dejaré de hacerlo.

—Nada más tengo que recomendarte. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Ayúdame á vestir.

Saint-Maixent salió de la cama y dió principio á las diversas operaciones del tocador, con auxilio de Lázaro, que desplegó las cualidades de un experto ayuda de cámara. El tunante era tan apto para afeitar y para arreglar artísticamente una cabeza, como para plantarse en medio de un camino, pistola en mano, y decir á los viajeros: «¡Alto ahí! ¡La bolsa ó la vida!»

En resumen: al salir de las hábiles manos de Lázaro, Saint-Maixent había recobrado aquel rostro juvenil y hermoso que tanto se asemejaba al del arcángel San Miguel, pintado sobre el altar mayor de la iglesia de San Judas. Si en aquel momento hubiera podido verle Julia Chadorant, la linda morena de mirada dulce, sus suspiros hubieran subido de punto.

Hecho esto, y terminadas las abluciones del marqués, Lázaro abrió un gran armario de madera de ébano con incrustaciones de cobre, de marfil y de plomo que se veía en uno de los testers del tocador, y que estaba atestado de ropa blanca, fina y perfumada, donde no tuvo más que escoger. Saint-Maixent se rodeó al cuello una cinta de raso grana, que dejó caer con descuido sobre los encajes y bordados de su camisa. Entre los diversos trajes que habían enviado de París á su primo, el marqués eligió uno de mañana, elegante á la par que sencillo. Púsose unos zapatos de tacón encarnado sobre medias de seda que dibujaban su bien formada pierna; ciñóse una espada fina y flexible; púsose debajo del brazo un sombrero galoneado de oro y cubierto de plumas, y abandonó el gabinete para ir á contemplarse en el mismo espejo delante del cual había sorprendido á Lázaro haciendo su grotesca pantomima.

En aquel instante llamaron á la puerta. Lázaro corrió á abrir. El ayuda de cámara del conde venía á informarse de si el marqués de Saint-Maixent podía recibir á su primo. Cinco minutos después se presentó el conde de Rahon.

—¡Ah, primo mío!—exclamó estrechando cordialmente la mano del marqués.—¡Por fin volvéis á ser lo de siempre: el caballero más elegante de Francia...!

—Gracias á vos, primo mío—repuso Saint-Maixent sonriendo.

—¡Chist, chist! No hablemos de eso. ¿Habéis pasado bien la noche?

—Durmiendo como nunca... gracias también á vos.

—He pensado esta mañana que es muy probable que hayáis perdido la bolsa en vuestras tristes aventuras. Permitidme que, á título de préstamo, os ofrezca estos quinientos lises, y cuando esta bagatela se concluya, os suplico que me consideréis como vuestro banquero, en lo cual recibiré especial satisfacción.

Al mismo tiempo, el conde dejaba sobre un mueble un saquito bien repleto de oro.

—Pero, primo...—empezó á decir Saint-Maixent.

—Callaos, por favor—interrumpió el conde con viveza.—Si os parece bien, bajemos. Mi mujer y la marquesa de Chavigny están paseando por el parque. La condesa tiene muchos deseos de veros, y la bella Olimpia, que es un poco curiosa, muestra gran interés por conoceros. No hagamos esperar á esas señoras.

SEGUNDA PARTE

EL HORÓSCOPO DE SIMONA RAYMOND

Una escalinata de forma elíptica, con balaustrada de granito pulimentado como el mármol más hermoso, ponía en comunicación las habitaciones del piso bajo del castillo con un jardín que se extendía al pie de las ventanas del palacio como una cesta cargada de flores.

Una ancha alameda, adornada con estatuas, conducía en línea recta á una espesura de enormes encinas y castaños seculares. Desde lo alto de la escalinata el conde de Rahon y el marqués de Saint-Maixent divisaron á lo lejos dos damas, una vestida de azul y otra de color de rosa.

—Allí están la condesa y señora de Chavigny—dijo el conde á su huésped;—reunámonos con ellas.

Los dos caballeros emplearon cerca de diez minutos en salvar la distancia que los separaba de las damas. Llegaron, por fin, á su lado, y el conde exclamó alegremente:

—Querida María, aquí tienes al hijo pródigo, por cuya vuelta debemos regocijarnos como en los tiempos bíblicos. Marquesa, os presento á nuestro muy amado primo, el marqués de Saint-Maixent, de quien nos habéis oído hablar muy á menudo.

El marqués se inclinó ante la condesa, cuya mano besó respetuosamente, é hizo un profundo saludo á la señora de Chavigny, lanzándole al propio tiempo una irresistible mirada en que se traslucían la admiración y el entusiasmo.

La hermosa Olimpia respondió al saludo de Saint-Maixent con una graciosa reverencia, y bajo el fuego de la mirada de éste dejó caer sus largas pestañas y se ruborizó ligeramente.

Las dos jóvenes formaban un grupo encantador. El contraste que ofrecían sus dos tipos, en un todo diferentes, aunque perfectos, contribuía á realzar la belleza de ambas.

La señora de Rahon era alta y esbelta, tenía ojos y cabellos negros y se

hallaba en esa época de la vida en que la hermosura de la mujer brilla con todo su esplendor. Tenía treinta años.

La marquesa de Chavigny acababa de cumplir veintidós. Era de mediana estatura, delgada aún, de mórbidas y torneadas formas, cabellos rubios, tez blanca, ojos azules y labios de carmín. El conjunto no podía ser más admirable y justificaba plenamente el nombre de *la bella Olimpia* con que era conocida.

—¡Encantadora criatura!—pensó Saint-Maixent.—En compañía de esta diosa, el tiempo se deslizará como un soplo en el castillo de Rahon.

—Primo mío—dijo la condesa con una amable sonrisa en que se pintaba toda la bondad de su alma,—no necesito deciros cuánto placer me causa vuestra presencia. Anoche, cuando el conde me dió la noticia de vuestra llegada, no pude contener un grito de alegría. ¡Cuántas veces os he invitado en París á que viniérais á pasar con nosotros una temporada! ¡Cuántas veces me habéis prometido complacerme, sin que nunca llegase á realizarse! Los placeres de la capital os han hecho olvidadizo. En fin, puesto que ya habéis venido, basta de reconvencciones. Sois nuestro huésped, y espero que no nos abandonaréis en mucho tiempo.

—¡Ah, prima mía!—repuso el marqués con viveza.—No me cansaré nunca de vuestra grata hospitalidad. Mi mayor dicha será permanecer aquí hasta el día en que comprenda que mi presencia es importuna.

—¡Cuidado, primo!—exclamó la señora de Rahon.—Os estáis comprometiendo á no abandonarnos nunca.

—¡Oh! Eso sería pedir demasiado—interrumpió el conde riendo.—El águila, ansiosa de espacio y de libertad, no puede permanecer encerrada entre los dorados hierros de una jaula. La verdad es que este apuesto caballero ha cometido algunas imprudencias que tiene que borrar. Ciertos hechos que no perjudican á su honor en lo más mínimo, pero que han sido

abultados y desfigurados por la envidia y la malevolencia, le han creado una situación difícil. Ayer me hizo su confesión general, sin rodeos ni vacilaciones, y le absolvi por completo; voy á encargarme de sus asuntos, y respondo que los llevaré á buen término; pero la madeja está muy entredada y no se puede devanar en un día. Será preciso, por lo tanto, que mi señor primo se resigne á ser durante algunos meses nuestro comensal, casi nuestro prisionero. Confío en que nos arreglaremos de modo que su cautividad le parezca soportable.

El marqués sólo contestó á estas afectuosas palabras tomando entre las suyas las manos de su primo y estrechándolas con efusión.

—Nos contaréis vuestras aventuras—prosiguió la condesa.

—¡Ah! ¡Libreme Dios de tener que hacerlo!—exclamó Saint-Maixent, moviendo la cabeza con profunda melancolía.

—¿Por qué?—preguntó la señora de Rahon.

—¿Queréis saberlo, prima mía?

—Sí, por cierto.

—Pues bien; porque creo inútil entristeceros con el doloroso relato de lo mucho que he sufrido. ¿Para qué escribir las angustias de un caballero injustamente acusado de crímenes tan odiosos que ni siquiera los comprende? ¿Para qué relatar los tormentos de un infeliz cogido en un lazo horrible, en una red gigantesca? ¿Por qué hacerlos derramar lágrimas contándoos la suerte de un proscrito que tiene limpia la conciencia y que, sin embargo, se ve obligado á huir como un criminal durante la noche por sendas extrañadas, disputando su vida á los habitantes de toda una provincia, temiendo recibir á cada instante, no la muerte gloriosa de los campos de batalla que se busca con ardor y entusiasmo, sino la muerte obscura y degradante causada por la bala de un villano que espera la ocasión oculto detrás de una zarza?

A medida que Saint-Maixent hablaba, la condesa de Rahon palidecía.

—¿Cómo!—exclamó con acento conmovido,—¿os habéis visto en ese caso? ¿os han perseguido?

—¿Como á un perro rabioso, prima mía!—repuso Saint-Maixent.—Figuraos que el señor lugarteniente civil, que hace las cosas en regla cuando se trata de algún pariente vuestro, ha mandado pregonar por todas las aldeas que el que me entregase muerto ó vivo, recibiría tres mil libras de recompensa.

—¿Qué horror!—balbució la condesa, apoyándose en el brazo de su marido para sostenerse, pues se sentía desfallecer.—¿Qué infamia!

—De ningún modo, prima mía—repuso nuestro héroe sonriendo.—Eso prueba, por el contrario, el alto aprecio que los gobernantes de esta provincia hacen del nombre y de la familia del marqués de Saint-Maixent.

Mientras el marqués cambiaba estas palabras con María de Rahon, la señora de Chavigny permaneció silenciosa, pero sus rasgados ojos se fijaron en el joven con expresión de suprema languidez. Escuchábale con profunda atención y con un ligero estremecimiento que pasaba por sus hombros, medio ocultos bajo un velo de encaje.

Para aquella joven, Saint-Maixent era un hombre sobrenatural, extraordinario; era el héroe fantástico que se forjan en su imaginación todas las hijas de Eva.

El marqués parecía no ocuparse más que de la condesa, pero observaba á hurtadillas á la señora de Chavigny, y sus ojos de lince no perdieron ni uno solo de los síntomas de emoción que reveló la joven.

—¡Decididamente la fortuna me favorece!—se dijo.—Desde ahora nada debo temer y tengo derecho para esperar todo. El conde de Rahon es mi protector, y la bella Olimpia me amará.

11

En el momento de entrar de lleno en el extraño drama que nos hemos propuesto narrar, creemos indispensable decir algunas palabras que sirvan como de prefacio y advertencia.

Vamos á referir hechos tan prodigiosos; veremos realizarse crímenes tan inauditos, combinados con una habilidad tan infernal y ejecutados con tanta audacia y sangre fría, que tal vez nuestros lectores nos tachen de inverosímiles.

Muchos no querran, sin duda, convencerse de que el alma humana pueda llegar á tal extremo de perversidad; habrá quien se figure que este relato es fruto de la imaginación de un novelista ansioso de despertar á toda costa la atención del público hastiado, y que intenta conseguirlo haciendo vibrar la cuerda de las emociones más violentas.

Queremos ante todo justificarnos de esa acusación, lo cual es en extremo sencillo.

El héroe principal de nuestra historia no es un personaje imaginario. Todos los crímenes que hasta ahora le hemos atribuido y los que de aquí en adelante le veremos ejecutar, lejos de ser una invención, están probados por datos auténticos. Los hechos que llevamos referidos y los que seguirán son *verdaderos é históricos* en toda la extensión de la palabra, y de ello puede cerciorarse el lector que lo dude hojeando el proceso del marqués de Saint-Maixent, que se halla en todas las colecciones de causas célebres.

Dicho esto, pasemos á dar algunas noticias que importan para conocer á fondo tres de los principales personajes de nuestro drama: el conde y la condesa de Rahon y la marquesa Olimpia de Chavigny.

La condesa de Rahon no es completamente desconocida para nuestros lectores, pues recordarán que, disfrazada con humilde traje y ocultando el rostro tras un espeso velo, la hemos visto presentarse en casa de Simona Raymond, la adivina de la calle de la Linterna.

La ilustre dama deseaba saber la explicación de un extraño sueño. Nuestros lectores no habrán olvidado la singular respuesta que obtuvo.

Catorce años antes de la época en que empieza nuestra historia, María Armada Angela de Rouillé, hija única del mariscal duque de Rouillé, se casó, á la edad de dieciséis años, con su primo hermano el conde Annibal de Rahon. Aquel matrimonio, contraído por amor, reunía dos de las más distinguidas y opulentas familias de Francia.

El conde era desde su juventud un acabado modelo de caballerosidad y

de hidalguía. Corazón de oro, talento superior, carácter firme y decidido; tal era su retrato moral.

La condesa, por su parte, reunía á las brillantes cualidades de la dama aristocrática todas las virtudes del hogar doméstico. Catorce años transcurrieron sin que una sola nube turbase en lo más mínimo la paz conyugal. Hermosa como un serafín y buena como una santa, la señora de Rahon daba en la corte ejemplo de una vida tan irreprochable, que ni la calumnia pudo alcanzarla. El conde veía aumentar diariamente sus honores y dignidades; su influencia con el Rey no tenía límites. El cariño de los dos esposos crecía á medida que se afirmaba su mutuo aprecio.

Esa felicidad que, al parecer, no podía ser más completa, hubiera contentado al más exigente; y, sin embargo, el conde tenía con frecuencia horas de profunda melancolía, y la condesa se encerraba muy á menudo en su cuarto para llorar.

¿De qué procedían aquella tristeza y aquellas lágrimas? Nuestros lectores lo saben ya. El conde de Rahon y su esposa veían con amarga pena la esterilidad de su unión. El conde hubiera dado de buena gana las tres cuartas partes de su inmensa fortuna por tener un heredero del ilustre apellido que amenazaba extinguirse, pues era el último de su raza. La condesa hubiera sacrificado sin vacilar la mitad de su vida con tal de poder estrechar contra su corazón una linda criatura, un frágil tesoro, fruto de sus entrañas.

Sucesivamente se había consultado á los médicos más famosos; las peregrinaciones á las iglesias más célebres por sus milagros se habían repetido hasta la saciedad, y en todas las que dependían de los dominios de Rahon y Rouillé se habían hecho grandes rogativas. Pero todo en vano. El conde empezaba ya á desesperar, y la condesa misma iba perdiendo poco á poco la firme convicción que la había sostenido hasta entonces.

Esta confianza sufrió el año anterior una cruel decepción.

La señora de Rahon había oído hablar de un italiano, médico y astrólogo, que vivía en Florencia, y que, según decían las gentes, poseía maravillosos secretos, gracias á los cuales había proporcionado la dicha de la maternidad á mujeres que por razón de su edad no podían esperarla. Hizo venir, á costa de mucho dinero, á aquel hombre, que se llamaba Angelo Tiberani. Se entregó en sus manos y le prometió una recompensa de 100.000 libras si su ciencia le hacía obtener el resultado vanamente deseado hasta aquel día.

Angelo Tiberani, deseoso de ganar las 100.000 libras, hizo conjuros, interrogó los astros, encendió hornillos, preparó redomas, calentó crisoles, destiló plantas venenosas, combinó preparaciones químicas, y con todo esto y otras muchas cosas más compuso un brebaje horrible, que hizo beber á la condesa, prometiéndole solemnemente que el resultado no se haría esperar.

En efecto, no se equivocó, pues á las dos horas de haber tomado el infernal brebaje, la condesa de Rahon lanzaba agudos gritos y se retorció con terribles convulsiones. Un envenenamiento formal ponía su vida en peligro. Los médicos lograron á duras penas sacarla de aquel mal paso, no sin que su salud quedara durante algunos meses muy resentida.

Entretanto, Angelo Tiberani, lleno de miedo al ver aquel resultado, corrió á ocultarse, esperando una oportunidad para huir; pero los criados, que le buscaban furiosos, descubrieron su escondite y le vigilaron.

El conde de Rahon quiso hacer uso de su derecho de alta justicia mandando ahorcar á aquel miserable, pero la condesa pidió y obtuvo su perdón.

Angelo Tiberani recibió orden de salir inmediatamente del castillo, y, sin aguardar á que se lo repitieran, se puso en marcha; pero los criados, que contaban con verle ahorcar, le aguardaron en el parque y, deteniéndole al paso, le zambulleron tres veces en el pilón de una fuente.

El italiano salió medio asfixiado y cubierto de lodo de manos de sus seguidores, pudiendo al fin escapar.

El señor de Rahon hizo jurar á la condesa que nunca recurriría á tal s hombres ni haría uso de medios tan peligrosos.

Creemos que esta rápida reseña será suficiente para nuestro objeto, y pasamos á hablar de la hermosa Olimpia, marquesa de Chavigny, que habitaba en el castillo de la condesa de Rahon hacía dos meses.

Olimpia era hija del vizconde Reginaldo de Rahon, hermano menor del padre de Annibal, y, por consiguiente, prima hermana de éste.

El vizconde de Rahon, que no tenía más fortuna que su legítima, casó con la señorita de la Roche-Landry, que no le aportó más dote que su singular belleza.

La vizcondesa de Rahon murió al dar á luz á Olimpia, y Reginaldo, sumido en la más negra desesperación por la muerte de su esposa, á quien amaba con delirio, abandonó la Auvernia y buscó el lenitivo de su dolor en una vida de agitación y de aventuras. En menos de dos meses disipó hasta el último escudo de su exiguo capital, y como en aquella época un noble no se suicidaba, se hizo matar en un desafío, dejando huérfana á su hija. La pobre Olimpia fué recogida por su primo Annibal, que la puso en un convento de Clermont, en que se crió y recibió una educación conforme á su clase.

A la edad de dieciocho años, cuando su maravillosa belleza asombraba á cuantos la veían, la joven fué á pasar el otoño en el palacio de Rahon.

El marqués de Auvray de Chavigny, con sesenta años de edad y 300.000 libras de renta, vió á Olimpia, y, presa de una de esas insensatas pasiones que suelen arder bajo el hielo de la vejez, olvidó su voto de perpetuo celibato y pidió su mano.

Olimpia, á pesar de su juventud, era en extremo ambiciosa y calculadora. Su primer impulso, al oír la petición de aquel anciano, fué un movimiento de repulsión; pero no tardó en recapacitar, y pidió dos días de plazo para resolver.

Sus reflexiones durante aquellos días la hicieron ver que ese matrimonio le ofrecía una inmensa fortuna y una gran posición, y que ventajas tales merecían de seguro un sacrificio de algunos años. Por otra parte, era probable que el sexagenario marqués no tardara en dejarla viuda, independiente y rica, y entonces podría elegir otro marido que fuese más de su gusto.

Transcurrido el plazo, declaró que se casaría con el marqués, con tal de que le reconociese en las capitulaciones matrimoniales un dote de dos millones.

Aquella niña de dieciocho años entendía, como se ve, perfectamente los negocios.

Continuará.